



EL ECO DE CARTAGENA

XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13513

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pts.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

LUNES 3 DE DICIEMBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Donde no se pague en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg Montmartre.

Una estadística

Como se despueblan FRANCIA Y ESPAÑA

Hasta ahora los franceses han tenido una sonrisa de inteligencia como hombres que comprenden las cosas y que no piensan lamentarlas demasiado— cada vez que los estadísticos hablaban de la natalidad. Los estadísticos les decían: El número de nacimientos ha sido este año inferior al del año pasado; monsieur Píou organizaba un plan en pró del aumento de población. Y la estadística y el plan de M. Píou iban en el mismo «couplet» lleno de malicias y en la misma plana de caricaturas intencionadas. Porque ni el propio Zola consiguió que sus compatriotas acabaran de tomar en serio ese problema. Discursos, folletos, carteles, si es preciso, como los de la Liga contra el alcohol. Todo esto está muy bien; pero la práctica demostrará que no sirve de nada.

Véase la proporción: En 1903 nacieron 846.246 franceses. En 1904, 818.229. En 1905 el número de nacimientos ha descendido á 207.291.— «Nunca, desde que existe la estadística, es decir, desde hace más de cien años, había sido tan escaso el número. El fenómeno avanza de un modo permanente, regular, cada año más espantable.»—Bertillon no tiene esperanzas de que el problema se conjure. Su vaticinio es pesimista y se reduce á decir:—Estamos mal, pero aun estaremos peor.

Lo positivo es que Inglaterra aumenta en población. Y Austria, é Italia y Suiza y hasta la pobre España, aunque no se acuerden de ella á la hora de reconocerla esta pequeña superioridad. En cuanto á la nación rival, Alemania, la ventaja es enorme. El padre Rhin, como antes el prolífico Nilo, mantiene en sus orillas unas gentes que cumplen á conciencia el deber de dilatarse sobre la tierra. Esta es la gran preocupación de los franceses que se toman el trabajo de comparar. Al saberlo, al leer las respectivas cifras, vuelven á repasar los estudios que ya hace tiempo tienen bien trabajados y rematados y hablan un poco de sus costumbres y otro poco de su literatura y su filosofía.

En los hogares ricos y en los hogares pobres, como en las casas de la económica y morigerada burguesía francesa, las causas de la despoblación no son desconocidas. El suicidio de la raza de que habló Roosevelt, se cuenta por exceso de reflexión, y al bienestar de unas generaciones se sa crítica el porvenir. Una filosofía de vicio rastreado que alguna vez quiere ajustarse las alas negras del pesimismo; una filosofía práctica que aconseja la independencia por la renta, y la renta por el ahorro, y el ahorro por la supresión de gastos.

La despoblación de España no está en la cifra de natalidad, sino en la de defunciones. Allá es por exceso de inteligencia y por ansia de comodidades. Aquí es por ignorancia y por miseria. Pregúntenles por qué se despuebla España á los tejedores bejaranos que acordaron emigrar en masa y solicitaron apoyo de las repúblicas sudamericanas.

Cómo se desangra Francia. Cómo se desangra España. Cómo se ciegan ó cómo se dejan correr las fuentes de la vida.—Todos estos aspectos de un mis



El Señor

Don Eduardo Cánovas Fureual

Procurador de los Tribunales
HA FALLECIDO
R. I. P.

Su desconsolada esposa, hija, hermanos políticos, prima, primos políticos, sobrinos, sobrinos políticos y demás parientes y amigos,

suplican á los que por olvido involuntario no hayan recibido esquela, se sirvan asistir á la conducción del cadáver, desde la casa mortuoria, calle de San Francisco núm. 4, á las tres y media de la tarde del día 4 de Diciembre de 1906, al Cementerio de Nuestra Señora de los Remedios, por cuyo favor les quedarán agradecidos.

El duelo se despide en las puertas de San José.

mo problema social contribuirán á vencer al senador francés de que el destino de los pueblos no se varía ni con una ley ni con una asociación.

DE FERNANDO PÓO

Comportamiento heroico

De Fernando Póo, comunican datos oficiales sobre el brillante comportamiento en el hecho de armas llevado á cabo por un pequeño destacamento de Infantería de Marina, compuesto de 10 hombres indígenas al mando del teniente D. Luis Anís y con motivo de la sublevación ocurrida en el pueblo de Ilna, sublevación capitaneada por el cabecilla Obán.

Antes de llegar al pueblo que debía ser sometido á la obediencia, fué atacado el destacamento por fuerzas indígenas que le salieron al encuentro en la playa, dando por resultado, después de reñida lucha, la toma del pueblo y dispersión de los insurrectos, y quedando en poder de la tropa leal el célebre cabecilla Obán, un indígena llamado Enyé y cuatro muertos: por nuestra parte herido gravemente el teniente Anís y un soldado indígena.

El subgobernador de Elobey considera el hecho de extraordinaria importancia y propone para recompensas á los heridos, por su brillante y ejemplar comportamiento.

El pueblo de Ilna, donde ha ocurrido la sublevación, pertenece á la tribu Pamue, la más guerrera y numerosa de todas las que componen el territorio, y por su índole salvaje y belicosa, á la par que indómita, se halla siempre dispuesta á levantarse en armas. El destacamento de Elobey, en cambio, se compone de indígenas de las tribus Bata, Monrovia y Sierra Leona, que por su idiosincrasia y el terror que les inspiran los Paumes, hacen de ellos una raza inferior, estando por consiguiente, expuesto el personal europeo residente en dicho territorio, á las más difíciles situaciones con exposición constante de sus vidas.

Atendiendo estas consideraciones parece ser que el ministro de Marina está decidido á otorgar la cruz de María Cristina y conceder varias recompensas á estos leales servidores que en tan desiguales condiciones exponen constantemente sus vidas.

Es de justicia que se resuelva esa propuesta favorablemente y con ur-

gencia, si ha de mantenerse en la Armada la interior satisfacción.

(DE COLABORACIÓN)

Un monumento en peligro

Las murallas romanas de Sevilla

La guerra á los recuerdos históricos, de los cuales tan rico es nuestro suelo patrio, se mantiene á despecho de la civilización como síntoma evidente de nuestro atraso.

No hace mucho tiempo dimos cuenta en estas columnas de las demasías del Ayuntamiento de Toledo con los restos que mutiló y despedazó del circo y del teatro romano de aquella ciudad, á título de mejoras urbanas. Hoy amenaza el Ayuntamiento de Sevilla por análogos motivos la existencia de las murallas romanas de la famosa *Hispalis*, y justamente alarmada de ello la comisión de monumentos de la localidad, se ha dirigido á las Academias de la Historia y de Bellas Artes

en demanda de que tal monumento sea declarado nacional; esto es, busca para él el amparo tutelar del Gobierno, ya que los representantes de la ciudad, preocupados de su moderna urbanización, desprecian su historia gloriosa.

Acaso el mal es hondo y acaso síntoma terrible del anarquismo imperante, que se ríe de la historia, desprecia lo antiguo por feo y en su ansia demoleadora pretende barrerlo para reconstruir la nueva era de prosperidades que han de constituir la definitiva felicidad terrena; Casos como los apuntados se repiten con frecuencia desconsoladora. Tomen cuenta de ellos gobernantes y sociólogos, no solamente para cumplir el deber primario de conservar la historia, sino para ejercitar el no menos laudable y urgente de educar á la nación en el respeto sagrado á su propia dignidad, en la que se suman la tradición y la cultura moderna conquistada en la lucha serena de las ideas.

Al leer esto los concejales sevillanos de seguro protestarán de los indicados intentos demoleedores, alegando que en 1867 acordó el Ayuntamiento sevi-

lano conservar el trozo que de las murallas en cuestión subsiste, restaurarlo, defenderlo de los vejámenes de la incultura por medio de una verja y colocar en él una lápida conmemorativa; y que en 1869 renovó el acuerdo de conservarlo y de preservarlo de todo linaje de injurias. Pero es lo cierto que tales acuerdos, inspirados en un laudable celo, incumplidos se hallan.

Las murallas se encuentran en el mayor abandono, sin que señale el respeto que le es debido lápida alguna, ni una verja impide que junto á la noble fábrica y en el pasillo de su barbaca se contravengan las ordenanzas municipales.

Y al presente, según nuestras noticias, en los presupuestos municipales se consigna como partida de ingresos el producto de la venta de las parcelas del terreno situado ante murallas, lo cual es tanto como poner á éstas en jaque para en otro empujón derribarlas y desde luego privar de su contemplación.

No se atribuyan estos supuestos á suspicacias, pues el siglo XIX se ha distinguido en Sevilla por la destrucción de las murallas por orden del Ayuntamiento. En 1864 se efectuaron varias de estas demoliciones, especialmente las de las puertas.

Una de estas puertas demolidas fué la llamada de *Jerez*, sobre la cual, más respetuoso y amante de la historia el siglo XVII, colocó una lápida, que hoy se conserva en aquel Museo Arqueológico provincial, y en la cual haciendo á la ciudad soberbio progonar su propia fama, se le hace decir:

Hércules me edificó,
Julio César me cercó
De muros y torres altas,
Y el Rey Santo me ganó
Con Harci Pérez de Vargas.

El trozo que queda de esta muralla, cuya conservación inspiran estas líneas, es relativamente pequeño y se halla comprendido entre dos puertas llamadas, respectivamente, de la *Macarena* y de *Córdoba*; don José Gestoso, historiador insigne de los monumentos sevillanos, ha descrito éste de un modo acabado. Ha hecho notar fundándose en datos históricos, que Julio César no fué el constructor, sino acaso el primer restaurador de las murallas hispalenses. Señala cómo encima de la obra romana, cuya perfección denota muy buena época, se ven los trabajos de restauración debidos

76 EL MANDATO DE LA MUERTA

diza, no sabiendo qué hacer con sus brazos y sus piernas; era un hombre dulce, ligeramente casado de hombre, haciendo olvidar su fealdad por la infinita bondad de su sonrisa.

Pero á pesar de eso, continuaba no gustando á las mujeres, pues no sabía de irías nada y la sola presencia de éstas bastaba para devolverle su demasamiento antiguo.

Trabajó cerca de ocho años en el Diccionario enciclopédico. Aquel trabajo anónimo le gustaba. Experimentaba una especie de placer al verse solo en un rincón de la oficina, y al considerar que estaba allí tranquilo y que nadie le condeñaba. Prefería separarse de la manera ordinaria que la reclamara la lucha. A veces levantaba la cabeza y solaba. Figúrase la hora en que Juan saldría del sótano, la hora en que podía verla de nuevo. Aquellos eran sus grandes recreos, momentos deliciosos y consoladores. Durante las demás horas funcionaba como una máquina. Para desahogar su pensamiento, había reducido su cuerpo á que ejecutase puntualmente su trabajo de empleado.

El autor del Diccionario había comprendido bien pronto todo el partido que podía sacar de aquel muchacho que trabajaba como un negro, sin quejarse, y con sonrisas de beatitud. Hacía tiempo que el autor del Diccionario buscaba el método de ganar los veinte mil francos que le faltaban para la vejez. Había

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 73

político. Había de la diputación. En el fondo, la señora de Teller había preferido que su esposo hubiese continuado como hasta entonces libre de otras ambiciones.

En cuanto á ella, se había hecho la reina de la moda, y este título le costaba muy caro. Tenía fama de realzar una extravagancia distinguidísima; echó se en brazos de todas las ridiculeces, y las cambiaba enseguida en supremas elegancias.

Mostraba un odio terrible contra Julia y todas las cocottes; pues se vela á veces obligada á copiarlas; pero había inventado el copiarlas exageradamente, de suerte que se adelantaba á sus rivales y parecía ser ella quien daba la nota. Había llegado por ese camino á la demencia en materia de tocado. Y todas las mujeres de París trataban de ser tan locas como ella.

Un día, en las carreras de caballos, la habían insultado, tomándola por una mujer de vida alegre. Se enfureció, hirió, se dió á conocer, exigió satisfacción. En el fondo estaba loca de alegría.

Daniel, al verla pasar, tuvo una rápida intuición de todas esas cosas, y quedóse de pie delante de la doncella, sin atreverse á dirigirla más preguntas.

Pero ésta era complaciente, y viéndola conser se atrevió á hablarla.

—Usted me dispensa. ¿La señorita Juana de Bionni está aquí?